

Andar por casa

Ana Solanes



A la venta desde el 11 de junio 2025

La autora del podcast *Familia de libro* se estrena en la ficción con un relato lleno de sensibilidad y humor sobre los secretos familiares, la creación artística y la construcción de la identidad.

¿Qué ocurriría si nuestra familia ocultara secretos algo más peligrosos que las intrigas o mentiras habituales?

Con mirada incisiva pero también con mucho humor, Ana Solanes nos plantea en esta novela lo poco que sabemos muchas veces de los que en su día decidieron traernos a este mundo y nos ocultaron lo más importante de ellos mismos.



ANDAR POR CASA

Ana Solanes

Mientras Julia acompaña a su madre en los días finales de su vida, el encargo de pintar un mural en una casa desconocida a orillas del Mediterráneo se convierte en un inesperado refugio. Entre pinceladas, zambullidas en la piscina y el silencio cómplice de una gata que aparece cada tarde, la protagonista encuentra en la creación artística una tregua luminosa al peso de la pérdida.

Pero el mural no solo guarda paisajes vegetales: también encierra secretos del pasado, relaciones cruzadas, viejas lealtades y heridas que no cicatrizan. Andar por casa es una historia íntima y poderosa sobre el duelo, la memoria, la identidad y el arte como tabla de salvación.

«—No hagas como que no estás escribiendo sobre el duelo.

—No estoy escribiendo sobre el duelo. Lo que quiero es escribir sobre un misterio —respondí, sabiendo que estaba escribiendo sobre el duelo. Pero ¿acaso no es el mayor misterio relacionarse con alguien que ya no está, pero a la vez sigue muy presente dentro de nosotros?»

TEMAS

LA FAMILIA Y LA “NORMALIDAD”

Desde niña Julia estaba convencida de ser parte una familia extraña. En su casa había silencios, hechos misteriosos, objetos inquietantes y secretos intuidos que no veía en las casas de sus amigas. Por ello urgía hacerse con herramientas de supervivencia: risas y travesuras, grandes dosis de libertad e imaginación y el amor heredado por los libros.

Fuera de casa la protagonista de esta historia finge ser como cualquier otra niña que crece en una familia normal en el Madrid de los años ochenta, aunque pronto aprenderá que estas dos palabras -familia y normal- no deberían ir juntas.



LA MEMORIA

La protagonista de Andar por casa trata de armar las piezas de un puzzle que se le resiste: el rompecabezas de su vida y de la de su madre. Para ello se enfrenta a los recuerdos de una infancia y una adolescencia atípicas en las que tuvo que enfrentarse muy pronto al duelo por el padre y a la figura de una madre diferente y algo excéntrica.

LA AMISTAD Y EL ARTE COMO SALVACIÓN

En el camino hacia la edad adulta, Julia encuentra su vocación de pintora de murales pero, sobre todo, encuentra a amigos con los que por fin podrá ser ella misma y también a maestros en los que inspirarse, no solo para el arte, sino también para la vida.

El arte -la pintura al buon fresco- se convertirá en su refugio y su salvación en los momentos más difíciles.

RELACIÓN MADRE – HIJA

En el centro de este relato en primera persona está Eva, que, como tantas madres, ha pasado de ser la mejor a ser la peor para, ahora que se acerca el final, ser, sobre todo, un misterio que su propia hija tratará de resolver. Para ello Julia toma distancia y, consciente de que hay una parte de nuestros padres que siempre nos resultará inaccesible se pregunta ¿Cuándo se llega a entender a una madre? "

“Cuando te hagas mayor lo entenderás”, solían decirnos. Pero pasaban los años, te creías mayor y entendías cada vez menos.

Tras la muerte de su madre, y con esta misión -entender- la protagonista de esta novela se embarca en un viaje emocional para descubrir a la persona que fue su madre, más allá de su papel dentro una familia tan extraña como lo son casi todas cuando las miras de cerca.

UN MISTERIO POR RESOLVER

Tras descubrir que su madre les ha ocultado un secreto durante toda su vida, Julia está decidida a resolver el misterio.



Sin eludir el dolor, pero sin recrearse en él, y sin perder de vista el humor con el que su madre le enseñó a mirarlo todo, Julia se propone enfrentarse a “la vida sin Eva” y averiguar en primer lugar quién era esa mujer divertida, elegante y excesiva: una mujer tan original en su forma de estar en el mundo como negada para la vida práctica.

EL DUELO Y EL AUTOCONOCIMIENTO

Y mientras indaga sobre su propia madre y quienes la conocieron en sus otras facetas, Julia se va conociendo a sí misma: a la niña que fue y a la mujer adulta, y madre, que es.

Aprende a lidiar con la ausencia y el duelo. Y aprende a gestionar sus herencias: a amar por fin lo que antes rechazaba y a reírse de lo que ahora, desde la nostalgia y la comprensión, acabará convirtiendo en pequeños homenajes a Eva.

En el camino de esta despedida y esta búsqueda, Julia descubrirá algún secreto y, al mismo tiempo, renunciará a querer conocerlo todo, consciente de que ese algo de misterio que su madre siempre quiso conservar, constituye también parte de su encanto.

PERSONAJES



En esta novela hay una madre muy peculiar y una hija muy observadora. Hay una amiga que es más que una hermana y un amigo alemán que acumula saberes infinitos. Hay una pareja de pintores y maestros que enamorarían a cualquiera. Hay mujeres que roban y estafan. También hay un misterioso japonés enamorado del arte español, un hombre inquietante con un bulto en la cabeza, un falsificador, y un par de personas sin hogar capaces de sacudirte el corazón.

Pero no solo hay seres humanos en esta novela. También hay una gata esquiva que lo presencia todo y una perra fiel que sabe más que nadie.

Y hay objetos. Muchos objetos que son parte de la memoria personal y de la Historia con mayúsculas. Como el guerrero íbero a caballo o una cabeza de jíbaro que llevan más tiempo que nadie custodiando los secretos de esta historia de Andar por casa.

(Fragmentos)

«No es verdad que el engañado nunca tuvo una sospecha de su pareja infiel. Como no es cierto que a los vecinos el asesino les pareciera una persona totalmente normal. Ni que ese ex, al que amaste aunque ahora te preguntes por qué, pasara de la noche a la mañana a reunir todo aquello que detestas. Basta retroceder un poco en el tiempo hasta llegar a ese descubrimiento que lo cambia todo, o a la conciencia de algo que no tiene vuelta atrás, para recuperar las pistas que habíamos querido ignorar. O las que vimos y decidimos que no tenían importancia. Ya había indicios. Estaba todo lleno de indicios y los pasamos por alto. Por pereza, por inercia, por miedo al cambio. A veces lo fácil es mirar para otro lado. Otras veces es una estrategia de supervivencia».



«Una nueva etapa estaba a punto de empezar para mí. Me repetía esta idea para intentar acostumbrarme sabiendo que es imposible. Delante, a una distancia quizá de meses, estaba la vida sin ella. Lo más normal es también lo más raro. La vida y la muerte. Mientras llegaba, trataba de agarrarme a la materia, como el que se agarra a una ramita a punto de romperse antes de caer por el precipicio al vacío. Quería conocerla mejor antes de que se marchara, para que no terminara nunca de irse. Buscaba desesperada las piezas de ese puzle sin caja ni guía».



«Comprendí cuánto necesitaba el olor a pinos, y el silencio solo interrumpido por el canto de las cigarras y el sonido de mis propios pasos en el camino de tierra hasta la casa donde, ya en la habitación casi vacía, yo empezaría a abrir mis botes, despacio, concentrada, los ordenaría sobre la mesa de madera, extendería los pinceles, de mayor a menor, iría a buscar agua limpia, uniría la cal con el pigmento, aspiraría ese olor antiguo a humedad, a cueva, a minerales y, mientras mezclaba los colores, dejaría de pensar».



«Había pasado así tres o cuatro semanas. Perdí la cuenta. Los higos que empezaron a aparecer el frutero anticipaban el fin del verano. Ya me había quemado y pelado la espalda entera una vez. Las marcas del bikini del año anterior habían desaparecido y mi piel nueva se iba curtiendo poco a poco. Iba cada tarde desde el hospital a la casa del mural, incluso los fines de semana. Ni el mes de agosto ni un hospital entienden de días laborables. Tras las primeras veces sin ver a nadie en la casa dejé de preguntarme también dónde estaría la mujer que me había hecho el encargo, la tal Lena que me había llamado por teléfono unos meses atrás. Tampoco su hija Clara había vuelto a aparecer. A veces, al llegar, me cruzaba con algún vecino o con el jardinero, siempre amable, con los que intercambiaba las palabras y sonrisas justas para no dar pie a preguntas. No quería que mis dudas convocaran a las dueñas de la casa, cuando yo lo que necesitaba era nadar, pintar y estar en silencio».



«Me rendí. La conversación siguió pero nosotras parecíamos otras, la tensión se había esfumado. Llenamos de nuevo las copas. Me daba miedo lo que me pudiera contar aquella mujer que empezaba a caerme bien a pesar de mi resistencia inicial y, al mismo tiempo, me sentía feliz de conocer a una amiga inesperada de Eva. De pronto aparecía alguien importante de su pasado que llegaba al final de su vida y que podría ofrecerme otra versión de ella. Una pieza más. Estaba claro que mi madre no iba a dejar de darme sorpresas ni hasta el último de sus días. Lena se levantó a por más hielo. Eché la cabeza hacia atrás y aspiré profundamente. En el aire flotaba ya la promesa de otra noche intensa».



«La veía acercarse a las estanterías y pasar su dedo índice por los lomos de sus libros favoritos hasta escoger cuál releer, y entonces yo aprovechaba y me acercaba a pedirle un libro para mí. Un día me dio “Mi familia y otros animales”, de Gerald Durrell, y ya nunca me separaría de él. Hoy mismo escribo mirando su portada de Alianza, sencilla, conceptual, en verde, rojo y violeta sobre blanco. Moderna de hace medio siglo.

En esta historia, una familia formada por una madre viuda y cuatro hijos cambian la gris Inglaterra por la soleada isla griega de Corfú en los años treinta del siglo XX.

Gerald, el hijo pequeño y el narrador, vuelve a tener 12 años y se reencarna en el niño naturalista que era. Lo ve todo con ojos limpios y con la emoción intacta. Yo quería ser él. Que me dieran un poco menos de asco los bichos, pero vivir libre por las laderas de olivos de Corfú, comer las uvas recalentadas por el sol bajo la misma parra, bañarme en el mar transparente a la hora que me diera la gana, vivir de vacaciones siempre, pero con importantes proyectos propios, investigaciones en marcha, estudios sociológicos de la población griega, espiar el incomprensible mundo de los mayores, mirar cada día un horizonte azul, pertenecer a una familia tan divertida. Esa es la infancia que yo quería.

Mi primer héroe fue el niño Gerald: quería ser él. Después descubrí a Lawrence, el escritor, y admiré todo lo que representaba. Ahora sé que la verdadera heroína era la madre».



«En un programa de radio de noche que solía escuchar de fondo cuando me quedaba estudiando o pintando durante la carrera, un escritor muy ingenioso tenía una sección en la que planteaba una especie de farmacia de libros. Creo que la sección se llamaba algo así. Yo imaginaba una mezcla entre un Bibliobús y un autobús de la Cruz Roja para donar sangre. La gente llamaba y contaba el problema que tenía —una ruptura amorosa, celos, un conflicto con el padre, con una amiga— y él, con una cultura que parecía infinita, hecha de miles de lecturas, citas y conexiones, le recomendaba inmediatamente el libro que necesitaba y le explicaba cómo su lectura podría ayudarle en ese momento.

En casa, Eva era la farmacéutica, y nuestra biblioteca, el botiquín. Ahora yo tengo la llave de ese botiquín pero estoy sola frente a tantos remedios y no sé cómo usarlos, me faltan los prospectos. Me falta ella».



«Para entender mejor lo que pasó antes del viaje a Londres tengo que imaginarme a una mujer atractiva de treinta y pico años en una ciudad que se transformaba frenéticamente a finales de los años ochenta y los primeros noventa.

Imagino a todo el mundo moviéndose rápido, buscando ocupar su sitio como en el juego de la silla. El escenario cambia por momentos y, en medio de todo eso, Eva se queda viuda. Viuda con tres hijos que están aún estudiando. Tiene que buscar la forma de ganar dinero, o de ganar más dinero, porque cuando trabaja como decoradora independiente le pagan bien. Pero nunca es suficiente, seguramente porque también gasta más de lo que gana o más deprisa ¿cómo? esto siempre será un misterio que ya he renunciado a resolver».



«Tenía la sensación de vivir en un peligro constante o de constituir nosotros mismos ese peligro para los demás. En una ocasión, por ejemplo, nuestra perra dejó caer al vacío un huevo de mármol con el que jugueteaba en la terraza. Vivíamos en un séptimo piso. El meteorito mortal pasó por delante de la cara de un hombre a cuyos pies se rompió con un enorme estrépito. Inmediatamente el hombre miró hacia arriba y después entró en el portal con los pedazos de mármol rosado en la mano para averiguar quién había intentado asesinarle. El portero se chivó, como era de esperar. No era la primera vez que caía algo desde nuestra terraza: habían caído aviones de papel, globos de agua, o incluso espaguetis cocidos, sin salsa, no éramos tan crueles. Nunca tirábamos nada peligroso, pero sí cosas, digamos, sorprendentes. El portero le indicó al hombre que subiera al séptimo, apostarí a que incluso se ofreció a acompañarle con su dedo acusador estirado. Cuando sonó el timbre insistentemente ya habíamos encerrado a la perra en el armario con mi hermano Guillermo, que se metió con ella para sujetarle el hocico y taparla con mantas que amortiguaran sus ladridos. Miguel y yo nos quedamos inmóviles, casi sin respirar y por supuesto sin abrir la puerta, hasta que se rindió y volvió a su casa, imagino, a celebrar la vida».



«Que la muerte nos pasara rozando era simplemente nuestra realidad. Tampoco imaginarnos dentro de una experiencia paranormal tenía para nosotros nada de particular. En nuestra casa crecimos sin miedo. Eva nos trataba siempre como a personas mayores con criterio. No había gritos, ni reglas. Cuando no hay reglas tampoco te las puedes saltar. Podrían haber pasado muchas cosas, muchos accidentes desgraciados, se podrían haber materializado muchos peligros, quizá fuimos inconscientes pero aprendimos muy pronto a decir “no pasa nada” y, efectivamente, no nos pasó casi nada».



«Te insisten en que la vida sigue. Que cuando alguien que quieres se va, tú debes continuar, porque es ley de vida. Todo eso te dicen.

Lo que no te suelen decir es que la vida continúa, sí, pero durante un tiempo eres tú la que no continuas en la vida. Parece que estás, pero en realidad no estás. Porque la presencia física no determina que estés o que no. Se puede estar sin cuerpo, como un fantasma, y se puede no estar aunque tu cuerpo siga ahí. Es como si el que se ha ido y el que se ha quedado estuvieran por un tiempo confundidos, como si se cruzaran, buscando un lugar donde seguir juntos. Separarse no es tan fácil.

La gente confunde tu cuerpo contigo: “cómo estás, lo siento, la vida sigue”, pero solo algunos saben que te has ido lejos aunque sigas ahí, en una comida, sacando al perro, comprando el pan, discutiendo por tonterías en el trabajo. Tendrá que pasar un tiempo hasta que vuelvas a habitar tu cuerpo, hasta que tu cuerpo se corresponda del todo contigo».

Ana Solanes

Ana nació en Madrid y desde siempre se ha dedicado a contar historias y a inventar programas en radio y televisión.

Ha sido directora y presentadora de programas en RNE (El Ombligo de la Luna; Los conciertos de Radio 3); periodista cultural y de viajes (Nosolomusica en Telecinco, El País, Cuadernos Hispanoamericanos, Euronews); guionista y reportera (Cuatro); presentadora de televisión (Sacalengua en TVE).

Creó su propia productora donde inventó y produjo una decena de formatos documentales y programas de debate sobre cine, libros y temática social (HispanTV). En 2023 creó el podcast Familia de libro (nominado al Ondas del Podcast 2023 como mejor episodio) que está en el origen de esta novela.

Siempre se imaginó siendo escritora. Nunca fue rápida. Pero todo llega.

Ahora, como la protagonista de esta novela, lo que quiere es pintar murales y nadar.



ANDAR POR CASA

Ana Solanes

Lunweg Ediciones. 2025

15 x 21 cm.

224 páginas

Cartoné

PVP c/ IVA: 17,95 €

A la venta desde el 11 de junio de 2025

Para más información a prensa y entrevistas:

Lola Escudero.

Directora de Comunicación Lunweg

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es

LUNWERG | Narrativa